

EN EL NOMBRE DEL DIOS DE LOS EJERCITOS

—«Francia —dice Napoleón a sus granaderos— está segura de que todos sabréis morir por su honor».

—«Inglaterra —oyen los marinos de Nelson— confía en que cada cual cumplirá con su deber».

España sabe siempre que todos sus hijos irán, si es preciso, a morir por Dios. A bordo del navío «San Juan», don Cosme Damián Churruga llama a un sacerdote para que bendiga a la tripulación, y exclama:

—«Hijos míos, en nombre del Dios de los Ejércitos, yo prometo la gloria eterna al que muera cumpliendo con su deber».

De estos tres estilos de hacer cara a la muerte, sólo el último tiene asegurada su permanente vigencia, porque los mismos conceptos de honor y deber son —en esencia y en estimación— mudables, si no están encaminados a Dios.

Nuestras guerras, aun las que no aparecen clasificadas por los historiadores como guerras religiosas, se nos ofrecen henchidas de sugerencias teológicas. Cuando se perciben, empiezan a entenderse las causas de su violencia y de su esencial ardor; razones, en último término preternaturales, son las que en la mayor parte de las ocasiones han deparado al soldado español su valor combativo.

En los mejores momentos de nuestra historia —algunos recentísimos aún— iban nuestros soldados al combate armados de una razón elemen-

tal y exacta; la teología prestaba carismáticamente su cooperación. Quizá nuestra renuncia habitual a pararnos en lo mecánico, en lo puramente instrumental, nos ha preservado de la simoníaca tentación de valorar, en resultados de eficacia bélica, aquellos estímulos espirituales.

Gentes más prácticas, cuando entendieron que una convicción espiritual es un caudal de energía, trataron de colmar de una fe el ánimo del soldado. Una vez se trató de que los hombres creyeran que luchaban para obtener un sistema de paz perdurable, realizando el último esfuerzo bélico; el resultado de la primera guerra mundial fué, en este aspecto, más bien mediocre. La siguiente se hizo con ánimo de ganar el mundo para la democracia; tampoco parece que se haya logrado el propósito, probablemente porque los mismos que lo anunciaban no estaban nada seguros de que, en el fondo, fuera por eso por lo que se luchaba.

Ahora parece que la próxima guerra sí será esencialmente religiosa. Cuando menos, una de las partes que, previsiblemente, van a contender trae su ímpetu de los hontanares de su teofobia. ¿Qué fuerza espiritual van a oponerle sus enemigos?

Sería un error suponer que el desapacible augurio que ahí queda implícito esté informado por ninguna torpe afición belicista. Por desgracia sabe uno muy bien qué bagaje de dolores y de exigencias trae consigo la guerra. Pero tan lejos como de deseársela, está de esa especie de



La artillería, junto a las otras unidades del Ejército español, desfiló en Madrid, el día primero de abril, de los años 1939 a 1949, conmemorando el día de la Victoria.

pacifismo profesional, en el que suele desdibujarse la línea del desatino y la malignidad.

Mientras los apoderados legales de los Estados anticomunistas andaban —va a hacer ya cuatro años— entre recelosos y efusivos entregados a la evagación de las conferencias y de las asambleas, Rusia, que sabe bien el terreno que pisa, «acordaba» con Polonia y con Checoslovaquia la unificación de los armamentos y métodos de combate, que debía estar ultimada el 1.º de enero de 1948. Ignorar el sentido de éste, y de no pocos sucesos análogos, puede resultar cómodo, a trueque de incurrir en una tremenda responsabilidad histórica.

No es corta felicidad la de España, que no se verá obligada a compartirla, aunque a la hora de lamentar las consecuencias, le corresponda en ellas —como es de temer— su cuota.

No es aventurado suponer que si sobreviene otra guerra va a diferenciarse bastante de las precedentes. Menos, quizá, por la introducción de nuevas y aterradoras armas que por el agotamiento de algunos conceptos hasta ahora válidos. Quizá en un futuro próximo no pueda volver a hablarse con propiedad de frentes de combate; la aparición insospechada y plural de núcleos de tropas paracaidistas a la espalda de las formaciones empeñadas en combate, había comenzado ya durante la última guerra a proyectar sombras sobre las nociones ingenuas de «frente» y «retaguardia».

Hoy, la creación en casi todos los países no comunistas de quintas columnas al servicio del Kremlin, va a economizar el esfuerzo de los desembarcos aéreos. Vale decir que acaso la guerra próxima tome el carácter de una gigantesca guerra civil del mundo.

España —«unida y en orden»— constituiría entonces la excepción; no interesa aquí la aventura de conjeturar cual había de ser su papel en semejante conflicto.

Para la defensa de los valores y de las constantes históricas, su substancia de su vida, España cuenta con un Ejército que conoce las exigencias de su quehacer. Los riesgos que a unos y a otras amenacen serán los determinantes de sus resoluciones.

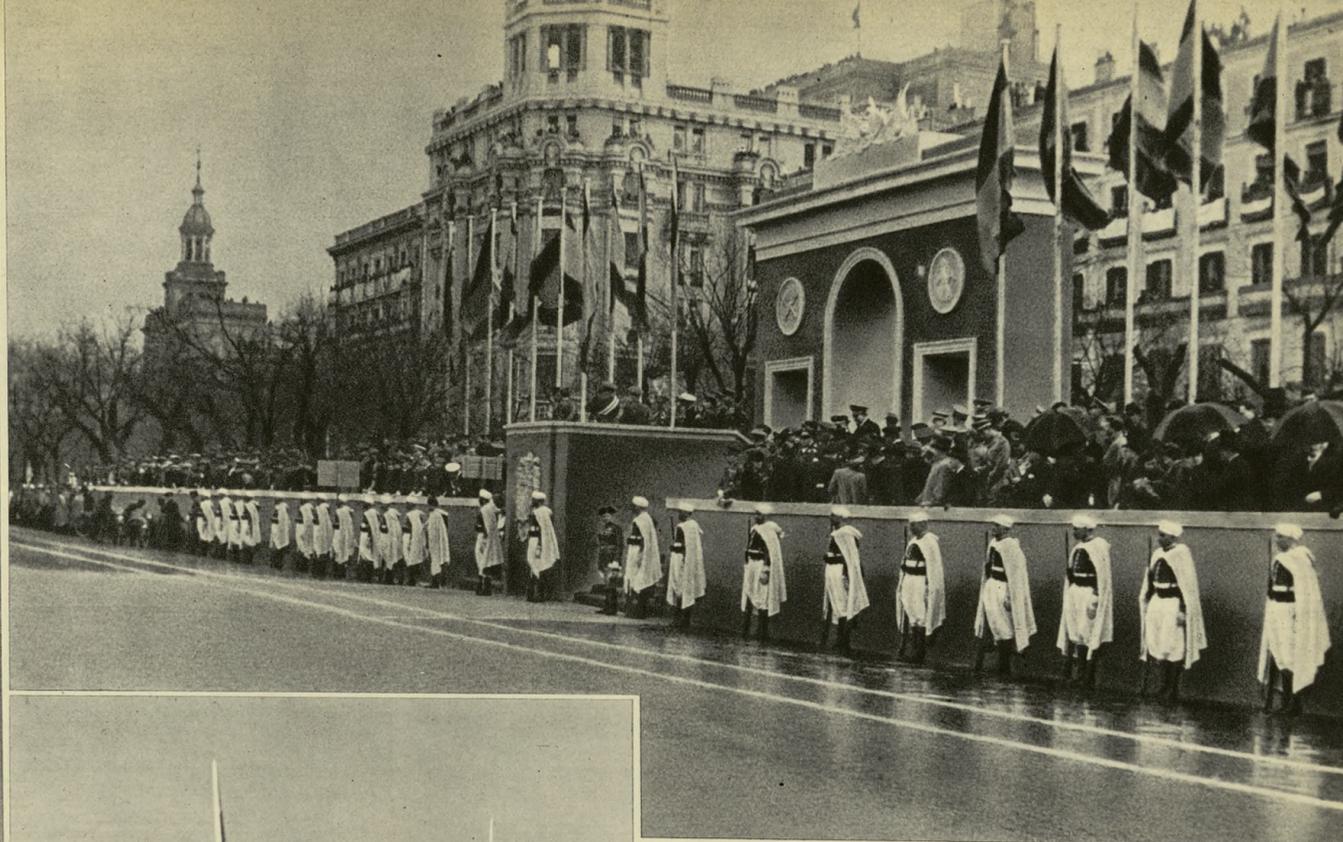
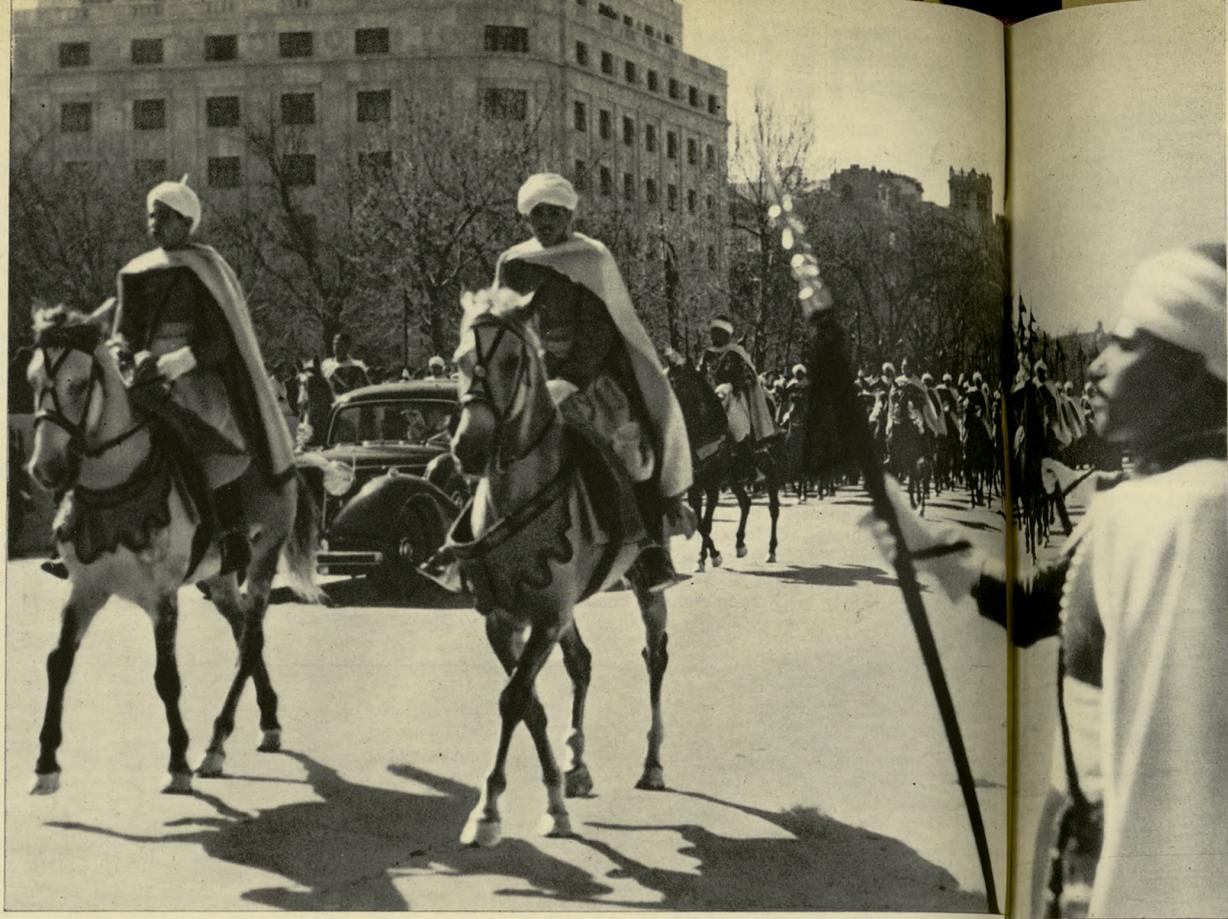
El mundo, quizá sin percibirlo claramente, está inmerso en una crisis de cuya resolución depende su porvenir. Ha llegado un momento en que cualquier pueblo que dispone de una industria fuerte, y de una capacidad de producción holgada, se cree en posesión de todos los recursos para violentar a medida de su deseo la voluntad ajena; es el mismo instinto primario que en una sociedad elemental sugiere al antropoide físicamente superdotado la seguridad de su indiscutible dominio. En definitiva se trata del desolador proceso de degeneración espiritual que amenaza transformar la civilización en barbarie.

Pero pese a cuanto —elogio, temor, o esperanza— pueda decirse de los progresos del armamento y de la mecanización, en la guerra siempre será el hombre el elemento de fuerza; de todas partes llegan voces solventes que lo recuerdan; y el hombre vale, sobre todo, por lo que valgan sus recursos espirituales.

Claro es, que pese a lo que rezan algunos estribillos castrenses, la voluntad de vencer, no es, por sí sola, garantía de triunfo; por lo menos, si no se entiende muy exactamente que la voluntad de vencer presupone una disposición —explícita o tácita— encaminada a buscar los medios precisos para asegurar la victoria. Los defensores del Alcázar de Toledo ignoraban todo acerca de las posibilidades de triunfo que tenía su causa, pero sabía que estaban peleando por la causa de Dios, y esta seguridad los sostenía frente a la superioridad abrumadora de medios del enemigo; con distinta suerte, los que luchaban en el cuartel de Simancas, en Santa María de la Cabeza, o en Teruel, animados de la misma convicción, sucumbieron para que triunfase la causa a la que se habían entregado.

La modestia de los medios materiales no fué nunca para el soldado español obstáculo que cerrase el paso a sus empresas. Poseído de la razón de su causa, su tenacidad carece de límite; jamás se encuentra vencido, porque sabe que cuando parece que se han agotado todos los medios humanos, aún queda el milagro, como esperanza de triunfo. Y si la que aguarda es la muerte, todos saben esperar —como los marinos de don Cosme Damián— la gloria eterna, prometida en el nombre del Dios de los Ejércitos.

J O R G E V I G O N



LA HISTORIA A PASO DE PARADA

LOS desfiles militares siempre tienen algo de arcangélico. Su fuerza y su belleza ganan a todos los hombres de todas las razas y de todas las ideologías. Me parece a mí que la Jornada Conmemorativa del Triunfo Universal del Anarquismo Libertario sería celebrada con un desfile militar de acuerdo con las más severas normas establecidas por el Estado Mayor, seguro que sí. Pero naturalmente no pensaba en estas bobadas quiméricas y paradójicas al paso de los menudos y bravos Regimientos de Infantería, de las Academias, de la tormentaria, gigantesca y moderna, de los tanques, al paso frenético de la Legión—vista y no vista—; al grave paso entre oriental y chungón de los Regulares, con sus chirimías y dulzainas de zoco y fiesta. Al paso de los blancos infantes esquidadores y montañeros, al paso de los ángeles con candora: los muchachos de la Primera Bandera de Paracaidistas. Pensaba en cambio en aquel 1.º de abril de 1939, cuando el Desfile de la Victoria era ganado en la última marcha, cuando venía el Sábado de Gloria para esta España del enorme calvario.

* * *

(Madrid en las manos y la entera geografía española bajo el amparo de las bayonetas nacionales. Este era el resumen que nos hacíamos los amigos del hospital. Nos había tocado la negra —¡mala suerte!—, y a la hora de la victoria nuestro humilde julepe de las cinco de la tarde, nuestro pequeño mus, casi nos parecían una profanación. Por un momento sentimos el enorme silencio que se desplomaba sobre España al callarse los frentes. Entre el último disparo y el primer vitor de paz, qué gran silencio el de España. Empujaba la yerba de los prados, galleaba el trigo y todo tenía un aire fresco, reciente y noble. Sobre un gran mapa—en el que habíamos seguido durante más de un año la cotidiana trayectoria de los partes oficiales—, los enfermos loca-



1939-1949

En estas páginas, dedicadas a los desfiles de la Victoria celebrados en Madrid en los días 1.º de abril de los diez últimos años —1939-1949—, reproducimos diversos aspectos gráficos que muestran la marcialidad y la grandeza del victorioso ejército de España.

lizábamos, a la buena de Dios, nuestras banderas, nuestros tercios, nuestros batallones. Los itinerarios se hacían sencillos y envidiables, y ninguno de nosotros pensaba en el sol que sufrirían los que aún marchaban de pueblo en pueblo, de alcor en alcor, de vaguada en vaguada. «El último trozo siempre se cubre bien». Y quizá en aquel momento un «paco» desesperado abría un agujero en la frente de nuestro amigo. Pensábamos en una victoria de marcha triunfal—y conocíamos la guerra, ya lo creo— y el que más y el que menos consideraba que cualquier otro le sustraía la mirada de la más bella al más fiero de los triunfadores. La suerte debía estar asustada de tanta maldición, la perra suerte, la cochina suerte, la puerca suerte.

Era inevitable pasar lista. Supongo que todos comenzamos a pasar lista. Desde el 18 de julio de 1936 hasta el 1.º de abril de 1939, casi tres años de guerra, y la flor de España a tiro limpio, la flor de España oreándose a la intemperie, mientras las bonitas radios de París y Londres tocaban música de baile desde «Chez Maxims» o desde cualquier cabarete del West End. Y los tipos que creían en la charanga liberal y marxista advirtiendo dulcemente al ser hechos prisioneros en Teruel: «Avisen a mi cónsul. Soy ciudadano británico, o francés, o canadiense, o americano.» «Delicioso «fair play», sin atenerse a las consecuencias, sin decir: «Iba todo, azul gana, rojo pierde. Y yo pago.» Azul lo jugaba todo y pagaba todo con religiosidad. Recordábamos los muertos juveniles, los entrañables muertos, los muertos alegremente, resignadamente. Recordábamos los muertos de España. Recordábamos, también, los muertos rojos. El rojo Pérez y el rojo García y el rojo Fernández. Los tercios milicianos que nos hacían rabiarse y enorgullecernos; y nos daban muchas ganas de ir a escupir sobre la tumba de los internacionales. Los muertos de España, la victoria de España, la derrota de los rojos—los rojos con apellido es-